BIBLIOTECA AMAUTA
Serie América

11(1109a-7)

Simón Bolívar

DOCTRINA POLITICA

CARTA DE JAMAICA
DISCURSO DE ANGOSTURA
LA CONSTITUCION VITALICIA

ediciones ercilla

TODOS LOS TIEMPOS ::: TODAS LAS CULTURAS

BIBLIOTECA AMAUTA

(Serie América)

Dirigida por Luis Alberto Sánchez

DOCTRINA POLITICA

SIMON BOLIVAR

35158

DOCTRINA POLITICA

CARTA DE JAMAICA.—DISCURSO DE ANGOSTURA
PREAMBULO A LA CONSTITUCION BOLIVIANA

Prólogo y notas
de
LUIS ALBERTO SANCHEZ

559432

EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1940

Es Propiedad
Registro N.º 7282

COPYRIGHT by
Ed. Ercilla, S. A., 1940

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
OCT 8 1940
DEPÓSITO LEGAL

FABRICACION CHILENA PRINTED IN CHILE
Prensas de la Editorial Ercilla, S. A., Santiago de Chile.

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

BOLIVAR

I. BOCETO BIOGRAFICO

Simón Bolívar nació en Caracas el 24 de julio de 1783. Después de una vida tumultuosa, deslumbradora y triunfal, murió, desterrado, en la hacienda de "San Pedro Alejandrino", en Santa Marta, bajo techo extraño, el 17 de diciembre de 1830.

Hijo de familia acomodada, sus primeros años se vieron doloridos por la orfandad. Perdió a su padre, a los tres años; a los nueve a su madre. Quienes moldearon su carácter fueron dos hombres ilustres, don Andrés Bello, más tarde promotor de la cultura chilena y fundador de la Universidad Nacional de Chile, y don Simón Rodríguez, de abigarrada leyenda y contradictoria existencia, cuyos huesos descansan en el Perú.

Bello representó la norma clásica, la erudición, la cultura sistemática, en la vida de Bolívar; Rodríguez, el ímpetu romántico, el impulso roussoniano, el sentimentalismo, la improvisación audaz.

Tenía dieciséis años Bolívar, cuando viajó por Cuba, México y España. Para el adolescente precoz y acaudalado se abrieron todos los salones madrileños. Una tradición pretende que llegó a contender en un juego a la pelota con el también joven y futuro Fernando VII, a quien golpeó en un episodio del adiestramiento. Lector

asiduo de Rousseau y de algunos enciclopedistas, merced a la sugestión de Rodríguez, se formó una cultura liberal, que pronto se hizo inconciliable con el espíritu absolutista de la Corte hispana. Quizá datan de entonces sus primeras inquietudes libertarias.

En 1802, el apasionado Bolívar se casó con su prima Teresa Toro, hija del aristócrata caraqueño Marqués de Toro. Con ella regresó a Venezuela. Seis meses después, quedaba viudo. Lleno de angustia y pena regresó a Europa, a consolarse. Período licencioso, contradictorio y agitado. Por ese entonces conoció al sabio Humboldt, que había estado ya en América y había llevado a Goethe un informe admirable sobre la historia y la naturaleza de las colonias españolas de Ultramar. Humboldt contribuyó a despertar el orgullo nacional de Bolívar.

Conoció a muchos personajes "españoles-americanos", como entonces se decía. Uno de ellos, don Mariano Tristán, hermano del que habría de ser último virrey —bien que nominal—, del Perú: don Pío Tristán. Mariano, coronel del ejército ibérico, había formado su hogar cerca de París, con Teresa Leisné, de quien tenía una hija, Flora, llamada a tristes y altos destinos: sería una de las fundadoras del socialismo universal. Cuentan que, cuando el "petit Bolívar", como le decían ahí, iba de visita no quedaba una planta ni un tallo sanos en el jardín por donde paseaba, nervioso, atropellado y vehemente, el inquieto joven.

En aquellos días se realizó la coronación de Napoleón como Emperador de los franceses. Hasta en vísperas de su muerte, el Libertador confesaría que nunca sintió más indignada protesta en su pecho que al ver al héroe de Arcola transformado en tirano de su pueblo.

En Europa encontró a su maestro Rodríguez. Con él fué a Roma en 1805 y ante él prestó, sobre la cumbre del Monte Sacro, juramento para dedicarse por entero a la emancipación del Nuevo Mundo. Sus palabras en

esa solemne ocasión fueron: "Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por mi honor; juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español".

Bolívar visitó hacia 1806 Austria, Alemania y los Estados Unidos de Norteamérica. Luego ingresó de nuevo a Venezuela, penetrado de contradictorios impulsos. Pertenecía, según parece, desde tres años atrás, a la Logia Americana.

Consagrado a faenas agrícolas, en su hacienda, vió crecer y estallar el movimiento subversivo contra Emparan, lo cual trajo como consecuencia la formación de una Junta de Gobierno, en Caracas. Bolívar voló a la ciudad. Decidido y ferviente, fué comisionado poco después a Europa en unión de López-Méndez y llevando como secretario a Bello. Allí trató a Francisco Miranda, el Precursor. Con él tornó a la patria, convertido en un destacado jefe de la causa patriota venezolana.

Proclamada la Independencia del país en 1811, Bolívar siguió prestando sus preciosos servicios al lado de Miranda. Tuvo a su cargo la plaza de Puerto Cabello. Prodújose entonces la más dolorosa coyuntura de la vida del héroe. Creyendo que Miranda se había entendido con el general adversario, Monteverde, Bolívar se rebeló. Monteverde había hecho falsas promesas. En ellas pareció complicado el Precursor. El impetuoso Bolívar, hallándose ya los patriotas en La Guaya, lo apresó y estaba a punto de mandarlo fusilar, cuando la reacción española se apoderó de la ciudad, y el joven caudillo, hubo de apelar a la fuga. Pero, Miranda quedó prisionero de los españoles. Trasladado a Cádiz, ahí permaneció cuatro años encerrado, sin quejarse ni protestar nunca por lo acaecido, hasta su muerte ocurrida en 1816.

Desde Curazao, en donde se refugiara, el caraqueño planeó una expedición para salvar a su patria del Terror Blanco implantado por Monteverde. Desembarcó en Car-

tagena. No tardó en publicar su célebre Manifiesto de
Cartagena. Se arrojó en seguida sobre la parte occidental
de su país, y el 15 de junio de 1813, ya en Ciudad Tru-
jillo, lanzó su celebérrima proclama de la "Guerra a
Muerte", inicio de una lucha sin cuartel. El 7 de agosto,
Caracas caía en sus manos. Por tal hazaña recibió el
nombre de Libertador que le acompañaría hasta la muerte.

Un año después, tras la cruenta, salvaje y terrible campaña de Boves, al mando de sus llaneros, Bolívar vió destrozadas sus fuerzas en la batalla de La Puerta (15 de julio de 1814). Tuvo entonces que embarcarse, en la goleta del italiano semicorsario José Bianchi. Pero, persuadido éste por el Libertador, lo desembarcó en la costa de Curúpano, en donde se unió con otros grupos patriotas.

Tremendas vicisitudes las de aquellos días. El infortunado general, que había logrado otros lauros en el norte de Nueva Granada, hubo de abandonar nuevamente el continente y refugiarse en una isla cercana, Jamaica, desde la cual dirigió la famosa Carta de ese nombre que figura en el presente volumen.

Entretanto, Morillo, nuevo jefe español, después de
sitiar Cartagena la tomó ferozmente. Todo parecía per-
dido para los patriotas de la región, cuando se supo que
Bolívar, amparado por el presidente de Haití, Alejandro
Petión, había formado una expedición que acababa de
desembarcar en el continente, partiendo de las islas de Los
Cayos. Pero una vez más, cuando se creía que alumbraba
otra vez el sol, la perfidia y la calumnia alcanzaron a
Bolívar y lo obligaron a eliminarse por evitar peores da-
ños. En 1816 volvía, sin embargo, al ataque.

Durante tres años vivió luchando en las proximida-
des de las Guayanas. Una a una fué avasallando plazas,
conquistando victorias. Angostura, Margarita. Mucuri-
tas, señalan sus aciertos, precarios aciertos, que termina-
ron en una nueva derrota a manos de Morillo. (1818).
Aparentemente no quedaba ya ninguna esperanza.

Pero, incansable e indómito, un año después, Bolívar convoca el Congreso de Angostura para definir la fisonomía de la nueva república venezolana. Su discurso de esa fecha (15 de febrero), otro de los documentos que figuran en este libro, es, sin duda, una de las piezas más resaltantes del pensamiento político bolivariano. El héroe renunció a sus títulos, pero la Asamblea le otorgó, además del de Libertador, el de Presidente de la República.

A partir de entonces, empieza a lucir, casi sin intermitencias la estrella del genio. Cada acción es largamente meditada, cuidadosamente preparada. No se omite detalle. Todo es científicamente calculado. Atraviesa los Andes. Cae sobre los españoles absortos. Los derrota en el Pantano de Vargas, (25 de julio de 1819). El 7 de agosto corta la retirada a los realistas en Boyacá, y adquiere así el contralor de la meseta de Cundinamarca. Tres días después entra victorioso en Bogotá.

Deja ahí, a Francisco de Paula Santander, como jefe del gobierno, y regresa a Angostura, en donde, el 17 de diciembre, declara fundada la Gran Colombia, integrada por Venezuela, Nueva Granada y Quito.

Morillo había aprendido ya a estimar a su adversario. A raíz de la sublevación de Riego en España habíanse acentuado los temores del general ibérico. Logró, así, que Bolívar aceptase un armisticio de seis meses para regularizar la guerra, pero la tregua fué rota, y poco más tarde, el Libertador culminaba en la batalla de Carabobo la emancipación de su patria (junio de 1821).

En adelante, todos los esfuerzos de Bolívar tienden a libertar la Presidencia de Quito. Pero tropieza con un obstáculo al parecer infranqueable: Pasto, región irrevocablemente realista. Estalla la rebelión en Guayaquil. Quito se pronuncia. Bolívar aprovecha las circunstancias y se lanza sobre la actual capital ecuatoriana en empresa audaz y triunfal. Pero, el virrey del Perú dirige la campaña de Quito con poderosas huestes. En 1822, en Pichincha, se hace necesario el concurso de tropas del

norte y del sur, de Bolívar y San Martín, para vencer definitivamente a los españoles. Y son vencidos.

En el interregno, San Martín ha estructurado un gobierno libre en el Perú, luego de haber sellado la independencia de su patria y de haber cooperado decisivamente a la de Chile. Sin embargo, el grueso del ejército realista se mantiene intacto en la sierra peruana. Para derrotarlo hace falta una conjunción de fuerzas. San Martín va hasta Guayaquil y se entrevista con Bolívar. De aquella conversación torna a Lima para inaugurar el Congreso y dimitir ante él su título de Protector, el 20 de septiembre de 1822. No tarda en volver a la Argentina.

Perú insta a Bolívar a que vaya a dirigir sus tropas. El 1.º de septiembre de 1823, Lima recibe en triunfo al caraqueño. Pero otra vez lo golpea el destino. Parecía vencido del todo, por la enfermedad y la derrota, cuando, sacando fuerzas de flaquezas, como siempre, desbarata a la caballería realista en Junín (agosto de 1824), y luego, en Ayacucho, (9 de diciembre) deshace el grueso del ejército del virrey La Serna y lo obliga a capitular.

Dictador del país, desde poco antes, Bolívar se dirige al Alto Perú y, a pedido de asambleas y comicios, funda una república con su nombre: Bolivia (1825). Para gobernarla forja un instrumento jurídico: la Constitución Boliviana o Vitalicia, que, después, hace aprobar en el Perú: el discurso pertinente del Libertador ha sido recogido en estas páginas como un testimonio decisivo de la evolución de su pensamiento político.

A partir de entonces comienza la hora del crepúsculo. En el Perú se agitan los descontentos. En la Gran Colombia estallan rencillas intestinas. Bolívar vuela a su patria para restablecer la unidad y la paz. Lo consigue a medias. Pero el puñal homicida se cierne sobre su cabeza en la "noche nefanda" del 25 de septiembre de 1828, y el Libertador se ve obligado a escapar, por un balcón

(que conserva esta memoria), en trance de incomparable tragedia.

La Convención de Ocaña le brinda nuevos desencantos. Páez, su amigo, se alza hirsuto y soberbio en Venezuela; Santander, su colaborador, levanta la ley frente a la voluntad bolivariana, en Nueva Granada; el general Flores intriga en Ecuador. Y para colmo de desventuras, a su fiel Sucre, que ha quedado como su lugarteniente y sucesor, en Bolivia, lo expulsan en medio de motines hábilmente auspiciados por políticos adversos.

Estalla la primera guerra internacional: entre Perú y Gran Colombia. Los generales de la independencia militan en lado y lado. En un bando, Sucre, el mariscal de Ayacucho; en el otro Agustín Gamarra, el jefe de Estado Mayor de la misma acción; allí Córdova, el jefe de un ala patriota; aquí, La Mar, uno de los mejores jefes de ese mismo día. La victoria se decide contra Gamarra y La Mar. O mejor, contra La Mar, a quien Gamarra depone.

Ya es en 1829. La obra de quince años de lucha, cruje por todas partes. Pero hay algo peor aún: Caracas tiene proscrito a su hijo predilecto. Agobiado de amarguras, abandonado de todos, escribe desde el fondo de su ostracismo y su angustia, la inolvidable carta a Fanny Du Villars, su prima y su amor platónico. A los cuarenta y siete años, Simón Bolívar, padre de cinco repúblicas, tiene que aceptar el asilo que le brinda el español Mier, en su hacienda de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta, Colombia. Ahí ve por postrera vez la luz, y pronuncia sus últimas palabras. La tradición quiere que éstas fueran "He arado en el mar" o "Los tres más grandes majaderos de la historia hemos sido Don Quijote, Jesucristo y yo". Lo mismo da esta frase que aquélla, o que el silencio. Nada será tan elocuente como ese ocaso abandonado, sin más techo que su propia sombra.

*
* *

Hemos reseñado, así, en forma sintética la vida pública de Bolívar. No es necesario, por demasiado conocida, pintar su vida privada.

Gran enamorado, muchas veces le salvó el amor de las asechanzas de la muerte. En Jamaica, los brazos de Luisa le robaron al puñal asesino; en Bogotá, los de Manuelita le defendieron de la conjura asesina de los septembrinos.

Viudo prematuro, conoció la vida en su plenitud. Disipó dinero y vigilias en juveniles arrebatos, y, luego, salud, vida, nombre, todo en aras a una causa superior a su propia fama: la libertad de un Mundo.

Dotado de un magnífico temperamento de escritor, sus Cartas, Discursos y Proclamas corren parejas con los mejores de la historia. De las primeras ha formado una primorosa colección el erudito venezolano Vicente Lecuna, director de la casa Natal del Libertador. De los segundos tiene una edición compendiada Rufino Blanco-Fombona, el más apasionado, y profundo conocedor de los bolivaristas vivientes y acaso de todas las épocas. O'Leary en sus Memorias nos brinda la mejor colección documental sobre el padre de la Patria. Larrazabal, un vigoroso relato de su dramática existencia. Mancini una verdadera narración épica.

2. BIBLIOGRAFIA ELEMENTAL

Para el conocimiento de la vida y obra de Simón Bolívar nos permitimos recomendar la siguiente bibliografía sintética:

Bolívar pintado por sí mismo, (ed. de R. Blanco-Fombona). Edi. Hispano Americana. París, s/a. (1912?).

Cartas de Bolívar (1799-1822) (Ed. de R. Blanco-Fombona). Edi. Michaud, París. (¿1913?) y de 1823-25. Ed. América, 1921.

Discursos y proclamas (ed. R. Blanco-Fombona. Ed. Garnier. París).

Cartas del Libertador, (ed. de Vicente Lecuna. Ed. Caracas, 10 vols., Caracas, 1929).

Vida del Libertador, por Felipe Larrazabal.

Memorias de O'Leary (1879-1883), 3 vols. de narración y 26 de documentos.

Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia, de Blanco Azpurúa (Caracas 1875-77), 14 vols.

Bolívar y la emancipación de Sudamérica, por Jules Mancini, ed. Bouret, París, 1914.

Bolívar, por Marius André, París.

Bolívar en *"Cinco Ensayos"*, de José Enrique Rodó.

Bolívar, por Francisco García Calderón.

La casa de Bolívar, Discurso del Pbro. Carlos Borges, Ed. Caracas y Ed. Cali, 1922.

Elogio de Bolívar, por Germán Leguía y Martínez, Lima, 1921.

Bolívar, por Wolfram Dietrich. Ed. Ercilla, Santiago, 1940.

3. SOBRE ESTA EDICION

Los documentos que integran el presente volumen han sido escogidos, repetimos, con miras a presentar el pensamiento político del Libertador en su plenitud. Para ello hemos escogido los principales y de distintas épocas, con lo que el lector está en aptitud de seguir la curva de la evolución o maduración ideológica bolivariana.

El primero es la célebre "Carta de Jamaica", escrita en momentos que debieron ser de desengaño, en ple-

na juventud, poco después de los treinta años, cuando no había aún hecho el viaje de guerra al Sur. Ahí abo-ceta sus juicios, principalmente, sobre el pasado y el presente de las colonias españolas. Su penetración de sociólogo lo lleva a proyectar con acierto mirajes sobre el futuro. Pero no se halla aún estructurado su pensamiento político.

El segundo es el "Discurso de Angostura", cuatro años más tarde, ya en plena guerra. En él dibuja su concepto de la república venezolana, sus ideas sobre el poder. Concuerda en muchos aspectos con el tono profético —aún tratando del ayer— de la "Carta de Jamaica". El estado psicológico de Bolívar era análogo, pues acababa de sufrir una derrota seria a manos de Morillo. Su delineamiento de la democracia y la república respira roussonianismo. No se atreve aún a las audaces concepciones de años más tarde, en el apogeo de su gloria, cuando esboza la Constitución Vitalicia. Sin embargo ya aflora ahí su adhesión a un Poder Ejecutivo fortificado— más fuerte— de acuerdo con las ideas ambientes y con las necesidades locales, verdadera transacción entre lo real y lo ideal.

Damos en seguida dos discursos, uno al asumir la dictadura en Lima, y otro al dejarla, necesarios como antecedentes de la quinta pieza de este volumen que es el Discurso con que acompañó la Constitución Vitalicia, coronación de su pensamiento político. Y, en fin, cerramos el tomo con lo que pudiera llamarse su Mensaje político, que es el discurso del año 30, dirigido al Congreso Constituyente de Colombia, casi un año antes de su muerte.—*L. A. S.*

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

INDICE

Pág.

Bolívar ... 7
Carta de Jamaica ... 17
Discurso de Angostura ... 53
Discurso ante el Congreso de Lima ... 93
Discurso ante el Congreso de Lima ... 99
Preámbulo a la Constitución boliviana ... 102
Mensaje al Congreso Constituyente de Colombia ... 119